

neaba mis tareas historiográficas es que los elementos condicionantes de cualquier fenómeno humano no deben confundirse con lo condicionado por ellos. Los libros de caballerías y el Romancero hicieron posible el *Quijote*, pero la visión innovadoramente crítica que Cervantes proyectó sobre aquéllos nada les debe", p. 199.

Un pueblo comienza a ser tal pueblo cuando se encuentra inserto en una *morada vital* desde la cual y a la cual refiere todo lo que le acontece. Esta morada se estructura cuando el pueblo toma conciencia de ser él lo que es por oposición a otro u otros pueblos que son vistos como algo que es otro. Es decir, la conciencia de un "nosotros" es simultánea (posterior diría Ortega) a la conciencia de un "ellos". Esta estructura de vida colectiva que llamamos "España" o los "españoles" tuvo conciencia de su "ipseidad" cuando los *cristianos* peninsulares se vieron enfrentados y conviviendo con unos "ellos" que eran *musulmanes* o *judíos*. Es el mismo dinamismo que D. Américo ve en la creencia de *Santiago*, creencia explicable por antagonismo a *Mahoma*. Que ibéricos, celtas, romanos, etc., formen parte de lo acontecido en el ámbito de la actual área geográfica y biológica de España equivale a saber de los abuelos o de los tatarabuelos que pueden ser necesarios como condición de nuestra existencia individual pero que no nos constituyen personalmente por cuanto en nuestra conciencia de nosotros mismos no hay nada que reconozcamos como inserto por ellos o perteneciendo a tales antepasados.

No cabe duda que el planteamiento temático de esta pregunta toma de sorpresa a muchos historiadores y estudiosos. Tampoco parece dubitable que puedan encontrarse buenas razones para oponerse a datar el comienzo de la historia de los pueblos de un modo más o menos riguroso. Pero está más allá de toda duda que los entes históricos que llamamos "pueblos" o "naciones" no pueden ser confundidos con objetos geológicos. La datación del pueblo español a partir de la llegada de los árabes a España puede merecer algunos reparos, pero no cabe duda que es la única respuesta sensata en torno a este asunto. En el caso de la historia de los otros pueblos europeos, la solución aceptada desde hace mucho tiempo por la historiografía de esos países se enmarca dentro del tipo de respuesta que D. Américo da al origen del pueblo español.

GUILLERMO ARAYA

ELISEO DIEGO: EL OSCURO ESPLENDOR. Cuadernos Girón. La Habana, Cuba, 1966. 52 pp.

Eliseo Diego está considerado, junto a Nicolás Guillén, siempre en tren constante de renovación, José Lezama Lima y José Z. Tallet como uno de los más importantes poetas vivos de Cuba.

Por ende, nombre fundamental en la literatura de su país. Pero quien escribe estas líneas, pese a que se considera uno de los escasos integrantes

de esa especie de secta secreta que es la de los lectores de poesía, debe confesar que la poesía de Eliseo Diego le era virtualmente desconocida hasta que con motivo de asistir al "Encuentro con Rubén Darío", celebrado en enero de 1967 Varadero, tuvo la buena oportunidad de conocer la poesía de Eliseo Diego, y también al propio autor, uno de los pocos y felices casos en los cuales se unen obra y hombre, en feliz simbiosis, que hubiese desconcertado no poco a Gottfried Benn, uno de quienes sostiene la tesis de que nada tiene que ver autor con obra.

En fin, un feliz conocimiento el de la poesía de Eliseo Diego, así como el de la poesía cubana de hoy, en cuyo horizonte están presentes bastante marcadamente dos poetas nuestros: Neruda y Nicanor Parra, cuyo impacto es bastante visible en los más jóvenes.

Eliseo Diego nació en 1920. Aparece dentro de la literatura cubana en el grupo "Orígenes", capitaneado por José Lezama Lima, cuya exuberante y semigenial novela *Paradiso* ha sido colocada recientemente por Julio Cortázar a la misma altura de *El hombre sin cualidades*, de Musil, y *La muerte de Virgilio*, de Broch. Novela que aún no podemos conocer, pese a ser una de las más importantes escritas en América Latina durante los últimos años, debido al bloqueo no sólo económico sino cultural al cual está sometida Cuba, y que se acepta con tanta pasividad en nuestros círculos intelectuales y políticos. En fin, volvamos al grupo "Orígenes". Allí estaban, entre otros, Cintio Vitier, Octavio Smith, Fina García Marruz. Dentro del grupo, Eliseo Diego significa, como lo ha hecho notar la crítica cubana, el polo opuesto expresivo al barroco Lezama, pero posee muchas de las cualidades fundamentales de él: el amor por la palabra, la extremada erudición, el humor, su gran cultura, no sólo libresca sino perfectamente integrada a su ser, su condición esencial de hombre de letras, parecida entre nosotros a la de un Braulio Arenas, con el cual Eliseo Diego tiene muchas afinidades. Incluso en un próximo libro, el poeta cubano tiene un poemario con el mismo título y desarrollo del último libro de Arenas: *El juego del ajedrez*. Lewis Carroll es, por lo demás, autor favorito de ambos.

La obra de Eliseo Diego es breve: cuatro libros, a partir de 1942, cuando publica *En las oscuras manos del olvido*, prosa poética. En todos ellos hallamos la misma dicción poética aplicada a una misma temática. Una misma canción, sí, pero cada vez más depurada, cada vez más sin palabras. El poeta podría ser un funámbulo, un volatinero del verso, un explorador que eligiera la aventura, pero prefiere el orden, el ahondar más y más en el pozo de una experiencia, y de ensanchar a partir de un núcleo inicial un mundo que le es propio. Su obra no es en absoluto barroca o tropical (conste: no hablo en términos peyorativos), en ella no nos atrapan los manglares del verbo, la jungla de la elocuencia. Su parentesco espiritual está con Borges de *Fervor de Buenos Aires*, algunos ingleses como Thomas Hardy y Walter de la Mare, Antonio Machado. Un poeta de tonalidad europea antes que típicamente americana. Sin embargo, su cubanidad es definidísima, aun como programa: "Atender a

los colores y sombras de mi patria; a las costumbres de sus familias; a las maneras en que se dicen las cosas, y a las cosas mismas —oscuras a veces y a veces leves—. La glorieta finisecular, los suburbios melancólicos y tranquilos en los cuales aún se vive en casas frescas y enrejadas a la española, el siempre presente mar, en fin, la crónica de un peculiar vivir cotidiano. La decadencia de una clase está presente, como intrahistoria del país:

A UN VIEJO CABALLERO

*Se cae la puerta noble, se despinta
definitivamente la pared,
y las manchas anuncian con sus burlas
la derrota suprema del mantel.*

*Pero tú sigues siendo lo que fuiste,
pero tú no te olvidas —la verdad
en el puño más limpio que raído
y a salvo tu chaleco en vez de pan.*

*Se fueron los recuerdos, se acabaron
las costumbres magnificas, y tú
vas y vuelves, oscuro, en otro tiempo
tu sombrero de paja entre la luz.*

La decadencia en la cual se hallaba, asimismo, su país la pinta en varios poemas, nunca de manera convencional, sino a su manera:

*Todas las tardes — las benditas,
las ilusorias tardes —
mi padre compra "Avances". Testamentos
de ceniza, minucias
de la caducidad.*

*En el crepúsculo
crujen las grandes hojas tontas
que sólo mi padre maneja
con esa desolada sagacidad.*

*La sombra
se está estirando como un gato
a sus pies. Luego salta
y con su mustio lomo roza
la mala suerte del país.*

.....

Pero el núcleo de la poesía de Eliseo Diego viene a ser, creo, la lucha contra el tiempo recuperable sólo por la memoria, el desesperado buscar memoria de "ese país de infancia recuperado en lágrimas" que dijera Milocz, la nostalgia de la edad de oro que da a su poesía un hondo y punzante dramatismo, no teatral, expresado apenas, pero no por eso menos desolado. No tiene patria en el tiempo, salvo ese país de infancia, Eliseo Diego, y por eso recuerda los cuentos de hada, esos personajes que a todos nos acompañaron: Pulgarcito, el Gato con Botas, la Bella Durmiente, que acuden a su conjuro y de nuevo se desvanecen, pero no se pierden, porque el poeta los evoca en versos que son piedras para marcar un camino, y no migas que se comerán los pájaros. Memoria de recuerdos, de contemplar ruinas salvadas por la palabra, el oscuro esplendor de todas las cosas cotidianas viven en las limpias páginas que llena Eliseo Diego con escritura de escolar. El poeta tiene posesiones "más útiles que la dicha", cuya vaga lumbre nos ilumina. Tal vez su mensaje no es para demasiados, en estos tiempos donde la inmensa mayoría ya no canta sino aúlla para hacerse escuchar, pero quienes llegan a oírlo y entenderlo lo atesoran en su memoria.

El oscuro esplendor de Eliseo Diego es, sin duda, uno de los libros de poemas de más unidad, más puros y hermosos que se han escrito en nuestra lengua en estos últimos años, creemos. Un libro para escucharlo a solas, como el chisporroteo de la uva fermentando en los lagares, un libro como un escondido lugar de paz en el secreto corazón del bosque.

JORGE TEILLIER

HUGO MONTES: ESTUDIOS SOBRE LA ARAUCANA. Universidad Católica de Valparaíso, 1966.

La Universidad Católica de Valparaíso, dando comienzo a su colección de cuadernos dedicados a los temas literarios, ha editado —como un buen augurio de futuras publicaciones— un breve volumen de *Estudios sobre "La Araucana"*. Su autor —Hugo Montes— ha tratado en este libro algunos aspectos de la obra de Ercilla que le son vastamente conocidos. Consciente de la poca significación que el público lector da a la épica, a pesar de los esfuerzos exitosos de Neruda y otros, intenta desentrañar la paradójica actualidad permanente de *La Araucana*. Lo logra en la descripción de tres fenómenos que dan luz suficiente para la comprensión de tal actualidad del poema: "la presencia personal, humana y directa del autor en el relato; la determinación de un personaje colectivo como protagonista de la obra y ciertos rasgos de estilo al servicio de una cosmovisión mantenida con firmeza e inteligencia a través de todas sus estrofas" (p. 8).

Centrado en el estudio de las constantes culturales de la época —si-